

«La “Nave Espacial Tierra” se desplaza por el vacío a toda velocidad. Sus pasajeros están inquietos e irritables. Su sistema de soporte vital es vulnerable frente a las perturbaciones y las averías. Pero hay demasiada poca planificación, demasiado poco examen del horizonte, demasiada poca consciencia de los riesgos a largo plazo. Sería vergonzoso que legáramos a las generaciones futuras un mundo exhausto y peligroso».

MARTIN REES, *En el futuro: perspectivas para la humanidad* (2019).

«Nosotros [...] aquellas dos generaciones enviadas a la muerte, hemos salido con vida y tal vez vayamos a ser los muertos futuros de la próxima guerra mundial [...]. Me da la impresión de que no nos queda otra cosa que intentar cada uno de nosotros recordar a un muerto, a un único muerto. Pero si es posible, que se trate de uno que no pertenezca a nuestros muertos personales [...] que cada uno intente acordarse solo de uno, de uno que ya existió o de uno futuro. Tal vez la suma de nuestra memoria y de nuestro duelo consiga aproximarse a aquello por lo que en realidad deberíamos guardar luto. Tal vez podamos extraer de este recuerdo la fuerza para imponer nuestra determinación de seguir vivos a pesar de todo; nosotros, quienes hoy expresamos nuestra queja de antemano, para que no ocurra lo más terrible».

GÜNTHER ANDERS, *Los muertos. Discurso sobre las tres guerras mundiales* (2021 [1964]).

PREFACIO

ANTE LA TEMPESTAD

Nos encontramos en un momento crucial de la civilización tecnológico-industrial, porque las crisis ecosistémicas y sociopolíticas que se han desencadenado en una escala planetaria se están recrudeciendo y acelerando peligrosamente. Como sostenía Günther Anders (2021) en su *Discurso sobre las tres guerras mundiales* en 1964, estamos en una época de *tiempo final*, pues ante las crecientes amenazas nos queda poco para evitar el *final de los tiempos*. Disponemos, no obstante, de una última oportunidad para actuar responsablemente y conjurar las catástrofes; poseemos los conocimientos científicos y las capacidades tecnológicas, pero parece que aún carecemos de una organización y cohesión ético-políticas globales para una comunidad planetaria que comparte —por primera vez en la historia— un destino común.

La entropía generada por el deterioro y la destrucción tanto ecológica como moral nos sitúa en una encrucijada que se está volviendo decisiva para el futuro de la humanidad. No es que el mundo pasado fue siempre mejor y, mucho menos, que podamos retornar a estados previos de la historia técnica y cultural, si es que la población mundial se mermara rápida y drásticamente. Si esto sucediera sería el resultado de una catástrofe planetaria mayúscula, quizá por una pandemia global de mortíferos alcances, o bien de una tercera guerra mundial de aniquilación nuclear. A pesar de esas amenazas, la dinámica de crecimiento poblacional parece imparable (seremos más de nueve mil millones de humanos hacia 2050) y, por ende, también sus efectos complejos en el aumento del consumo, contaminación y uso depredador de los recursos de la Tierra, junto con una incrementada y peligrosa desigualdad socioeconómica y mermas en la salud mundial. Así, durante el siglo xx y lo que va del xxi, hemos

presenciado un conjunto de fenómenos históricos y ambientales que nos advierten que el rumbo civilizatorio que hemos tomado —sin deseárselo conscientemente— no es sustentable en el futuro próximo y, muy por el contrario, puede ser terriblemente desastroso. Hemos comprometido ya el porvenir de la humanidad desperdiciando nuestra herencia cultural y técnica, pero también hemos puesto en riesgo el destino de muchas otras especies que han sufrido la pérdida de su hábitat por el dominio humano en la era del Antropoceno.

Una vez que ya sabemos en qué consisten los problemas planetarios más graves, y en qué aspectos residen las fallas y sesgos cognitivos que nos impiden actuar con eficacia, nos encontramos como si estuviéramos *después de la tempestad* (y no antes), a la espera de la siguiente oleada, porque ya hemos podido percibir las consecuencias más negativas de la crisis ecosocial y de la estela de destrucción ambiental; por ello, debemos reflexionar y deliberar dialógica y colectivamente —mientras todavía podemos— para encontrar vías que aseguren la supervivencia de la humanidad en un inestable equilibrio con los ecosistemas de la Tierra, porque de ellos dependemos.

Así pues, nos hallamos justamente *después de la tempestad* aguardando los diluvios que vienen, por lo que tenemos que evaluar a conciencia nuestros desatinos para virar el rumbo de esta civilización que es, por primera vez, global y de alcances remotos en el espacio geográfico y el tiempo geológico. *Después de la tempestad* porque hemos perdido ya la inocencia y la inconciencia sobre los peligros del rumbo que ha tomado nuestra civilización tecnológica; somos, por ello, los *morituri* que no quieren tener vocación de profetas apocalípticos, sino solo la conciencia lúcida que advierte de un porvenir inseguro para toda la humanidad.

Estamos todavía a tiempo de corregir —a pesar de todo—, de impedir que la próxima tormenta de catástrofes nos tome como una humanidad desprevenida, confiada en nuestra ignorancia, aletargada por nuestra inconciencia, paralizada por nuestra indolencia e irresponsabilidad colectivas. Pero no nos queda mucho tiempo. Vivimos ya *después de la tempestad* porque es el momento en que la humanidad puede mirar hacia el futuro para resolverse a construir un mundo sostenible o resignarse a engrosar trágicamente la fosa de los millones de personas que han muerto y morirán sin sentido en las escaladas de desmesura y destrucción en los últimos dos siglos. *Después de la tempestad* y ante la inminencia del diluvio porque es justamente la circunstancia vital en que debe surgir una conciencia bioética ecológica y precautoria, una *bioética global y cosmopolita*.